

Desde la juventud

Rafael del Águila Goicoechea

A Julio Porres Martín-Cleto

Testimoniar en unos párrafos el afecto, la sincera amistad de años y años, ¡nada menos que desde 1945!, no es tarea fácil si no se tienen capacidades literarias, como es mi caso.

Es absolutamente justo y digno, que se te tribute un homenaje, reconociendo tus indudables méritos de investigador de la Historia.

Obviamente, yo no voy a subrayar esto, que de sobra es público y notorio, sí quiero decir públicamente de tu caballerosidad, lealtad y espíritu siempre listo para el servicio en todos los puestos que has ostentado, los profesionales y los políticos en donde tu huella sigue para siempre.

Hemos trabajado juntos en la Excelentísima Diputación de Toledo, en aquellos tiempos en los que no había los medios económicos de ahora, y, sin embargo, ahí está el IPIET, las publicaciones de todo orden y el empuje científico que ello supuso y que hoy en día pocos conocen y reconocen.

Recuerdos muchos; desde nuestra dura pero alegre juventud, en el campamento de Robledo para, en hermandad de letras y armas, conseguir el honroso título de alférez de complemento. Dormir en la misma tienda de campaña enseña mucho del carácter y sella amistades duraderas. Tú, después opositaste y yo me puse a dirigir los campos, pero el servicio nos unió luego, y pese a largos interregnos se mantuvo la amistad, incluso epistolar, cosa rara en estos tiempos. En fin, en nuestros vetustos años seguimos terner en lo mismo ¡Laus Deo!

Y empezaste a escribir y a investigar, paseaste con Don Francisco Rivera, excursiones histórico-arqueológicas que me contabas, y yo, alejado de esos temas, me aficioné leyéndote.

Tengo que reconocer que entonces se despertó mi afición a los libros, y comencé mi propia aventura de crear paso a paso una abundante biblioteca, de la que en parte fuiste mentor y guía. Tus comentarios, a veces irónicos, a veces doctos, me sirvieron de mucho, orientándome en compras y búsquedas, en temas tan variados como la historia toledana, el arte, la literatura y los muy abundantes textos sobre la GUERRA CIVIL.

Muchas gracias por todo, por tu amistad, por tu enseñanza y por las convicciones espirituales que compartimos desde siempre..

Dos toledanos ilustres: Ibn Wafid y don Julio Porres

Camilo Álvarez de Morales y Ruiz Matas

Correspondiente

Amablemente invitado a participar en el homenaje que la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo prepara a don Julio Porres Martín-Cleto, me uno a él muy gustosamente. No haré un recorrido por sus muchos méritos personales, profesionales y científicos, para lo cual carezco de datos y, sobre todo, de autoridad. Tan sólo puedo aportar mi gran cariño a don Julio y mi experiencia personal, limitándome a ofrecer el recuerdo de nuestro mutuo conocimiento y mi deuda de gratitud hacia él.

Tuve mi primer contacto con don Julio Porres a mediados de los años setenta del pasado siglo (no acabo de acostumbrarme a llamar “pasado” al siglo XX) gracias a su paisano Ibn Wafid, perteneciente a un siglo aún más pasado: el XI. Había terminado mi tesis doctoral con la traducción de un tratado médico de este autor y, atendiendo algunas sugerencias, me puse en contacto con la Diputación de esa ciudad para ofrecer mi resultado por si pudiera interesar su publicación.

Aquella carta fue el primer paso que me acercó a don Julio. Aceptó que le mandara el original, lo vio e hizo una primera evaluación, que le debió parecer oportuna puesto que me dio una respuesta favorable. Mi trabajo iba a tener un doble premio: sería publicado y, además, me iba a llevar a una amistad que tanto habría de gustar y agradecer desde entonces.

La correspondencia que establecimos y las llamadas telefónicas que tuvimos con este motivo me mostraban a una persona afable, culta y educada, dispuesta a ayudar a alguien que empezaba a moverse por el campo de la investigación, para quien ver publicado un libro suyo, el primero, era de tanta importancia.

El siguiente paso era viajar a Toledo, encontrarnos, ver juntos el trabajo y decidir su preparación para mandarlo a la imprenta. Muy poco antes de mi ida, creo recordar que en los primeros días de verano de 1978, coincidí con una persona que lo conocía bien, quien, además de ponderarme mucho

su talante, me lo describió como un hidalgo toledano cuyo aspecto estaba a medias entre los personajes del Greco y don Quijote. Así era y así lo reconocí cuando lo tuve frente a mí, enjuto, con su bigote fino, y sonriente, siempre sonriente.

Dándome una prueba de lo que ya me había mostrado en sus cartas y luego tantas veces me reiteraría, su generosidad se hizo patente desde el primer momento. Me recibió en su cigarral, repasamos juntos el texto médico árabe y luego, cariñosamente invitado por él, comí allí rodeado de su numerosa familia, entre la que figuraba un niño, también llamado Julio, al que pasado el tiempo volvería a unirme Ibn Wafid, y con el que se iba a repetir paso a paso aquella relación llena de cordialidad que su padre me ofrecía. Por una vez, segundas partes sí fueron buenas.

Creo que ahora toca decir algo de Ibn Wafid. De él no sé si sería alto o bajo, grueso o delgado, pero sí que se trató de un personaje de primera fila en el mundo científico de al-Ándalus. Nacido y muerto en Toledo entre 1008 y 1075, fue figura destacada de la corte taifa de al-Ma'mun ibn dhi l-Nun, citándosele como "el visir". Su mayor actividad la centró en la medicina, tanto en su vertiente erudita como en la práctica, fruto de la cual fue la redacción de varias obras. Una de ellas, la titulada *Libro de la almohada, sobre medicina* fue el objeto del trabajo que me pondría en contacto con don Julio. En ella, su autor ofrece un amplio muestrario de recetas destinadas a curar las más diversas dolencias que afectan al hombre, ordenadas de la cabeza a los pies. Aparte otras consideraciones, es una obra absolutamente práctica que, además, refleja el quehacer de un médico andalusí en su consulta privada.

La traducción castellana de la obra apareció en 1980. Las gestiones de don Julio, para entonces ya buen y fiel amigo, en el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, llevaron a este organismo a asumir aquella publicación que figuró con el título *El Libro de la almohada, de Ibn Wafid de Toledo*.

La segunda muestra de amistad y generosidad que don Julio me brindó fue la de promover, en 1983, mi nombramiento como Académico Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, por Granada. También este suceso tendría su añadido entrañable ya que sustituía a Joaquina Eguaras Ibáñez, gran amiga, antigua profesora mía en la Facultad de Letras y en la Escuela de Estudios Árabes, que pasó por la vida dejando un rastro de bondad, simpatía y saber imborrables para quienes le conocimos. Aquel nombramiento fue, y será siempre, uno de los mejores y más queridos logros de mi vida profesional.

Estos hechos, fundamentales pero puntuales, están vinculados a lo que constituye la esencia de nuestra amistad: sus cartas, en muchos casos acom-

pañadas de los trabajos que acababa de publicar, en los que me contaba sus avatares profesionales, me hablaba de su familia, del tiempo o de lo que se terciara. Unas y otros han supuesto siempre un verdadero regalo. Las cartas por lo entrañable que teñían de evocaciones familiares o personales y porque en ellas encontraba la vivacidad, el ingenio, la sensatez y la espontaneidad de don Julio; los trabajos por su gran interés y por su variedad, algo que siempre he entendido de gran valor por ser muestra de una curiosidad siempre despierta, que es lo que lleva a la investigación de temas nuevos, con lo que supone de enriquecimiento para el que lo hace y para los lectores.

Estas cartas y las llamadas telefónicas que hacíamos para felicitarnos en alguna fiesta o, simplemente, por el gusto de oírnos, eran el substitutivo de las conversaciones que hubiéramos tenido si viviéramos en la misma ciudad. Es el único “pero” en mi relación con don Julio. Tener un amigo como él y no poder disfrutarlo, si no a diario, que sería lo suyo, al menos con asiduidad, es imperdonable. Es cierto que nos hemos encontrado varias veces en congresos y reuniones científicas, pero ¡qué poco para cuanto hubiera querido!

Todo ello se lo debo a Ibn Wafid, pero mi deuda con este médico del siglo XI no acaba aquí. Como antes decía, ha querido completar su bienhacer llevándome hacia el otro Julio Porres, en este caso De Mateo, aquel niño del verano de 1978, con el que he revivido la experiencia de publicar de nuevo *El libro de la almohada*, con alguna variación respecto a la edición de 1980. Con Julio hijo, además de repetir la aventura editorial, he vuelto a encontrar la misma actitud amable, colaboradora y abierta. En los últimos años hemos mantenido frecuente contacto telefónico en el que la referencia a su padre ha estado siempre presente. Hoy, cuando se me ofrece la oportunidad de volver a hablar de don Julio, quiero hacerlo ante un círculo mayor de personas que, como yo, se saben afortunadas por haberlo incorporado a nuestras vidas y poder llamarlo amigo.

La nostalgia y el júbilo

Jesús Cobo

Conocí a Julio Porres el 22 de septiembre de 1970, por la mañana. Que recuerde aún el dato es prueba de la impresión que aquel encuentro me produjo. En más de siete lustros que han pasado, he tenido con él múltiples relaciones, como lector y como amigo. Con amplias afinidades: el gusto por la erudición, la afición a la historia, el amor a la tradición española y el fervor toledanista. En todos esos territorios del alma, he visto en Julio Porres a un maestro. Y, como tal, un ejemplo a seguir. Tal vez por esa causa me sumo a este homenaje con un cierto temblor, impropio del momento, pero justificado. Como espero que se justifique también la esencia sentimental de esta breve nota, escrita con inevitable emoción.

Porres es abogado. Como Martín Gamero, como Parro. Hombres de gran memoria. Y de notable sentido común. Dan a Dios lo que es de Dios. Y a la historia, lo suyo. En el caso de Porres, la historia ha ocupado una tercera parte de su vida, junto al trabajo profesional y al cuidado de la familia. Una tercera parte apasionada, jubilosa, vitalmente decisiva. La historia le ha hecho feliz. Leer libros, escudriñar archivos, reflexionar sobre ella, escribir, conversar. Placeres inefables. Que han dejado un gran fruto: una extensa, formidable, contribución bibliográfica. Es fácil cuantificar la aportación de Julio a la bibliografía de tema toledano. Lo que no es cuantificable es la importancia de su influjo, personal y bibliográfico, sobre un ambiente de aficionados y estudiosos que vieron en él un guía, un referente y un consejero imprescindible. Gran labor la de Porres en la cultura toledana de nuestro tiempo. Esforzada, impagable. Y que trasciende cualquier retórica, por bien-intencionada y justa que sea. Sin petulancia, sin arrogancia, sin suficiencia, Julio Porres ha ejercido un magisterio atento a los demás: todo lo nuevo lo ha leído y todo lo ha valorado, con cariño, con atención. Esta labor de Porres -difusa, imponderable- ha sido, sin embargo, fundamental. En su inmenso arsenal de datos, en sus criterios eruditos y, sobre todo, en su entusiasmo toledanista, hemos tenido muchos un seguro, un estímulo y una entrañable compañía. En Porres, pues, vale más, mucho más, el humanismo intelectual que la técnica erudita, a la que no desdeñó, por otra parte, nunca.

Y esa ha sido la clave -su humanismo, sincero, radical- de que la labor erudita de Porres tenga esa simpática cercanía, ese casi lirismo, que la hace inconfundible. Una rotunda erudición, sin complejo ninguno. Lo que tiene su mérito. Porque se ha hecho lugar común entre los necios desdeñar, con ocasión y sin ella, a la erudición cruda, primaria. Aunque, si bien miramos, ese desdén supone un signo de rabiosa impotencia y no deja, además, de ser una gran suerte, porque así no colocan sus pecadoras manos sobre ella.

¡La erudición! ¡Qué sabroso banquete, qué festín exquisito y duradero! Los materiales eruditos de Porres han sido y son -y no dudamos que serán- fecunda ayuda para otros muchos estudiosos. Y sin querer entrar en pormenores, que podrán encontrarse sin duda en otras partes de este libro, resulta imprescindible recordar que su gran obra *Historia de las calles de Toledo*, de la que se han hecho ya cuatro ediciones sucesivamente ampliadas, es con seguridad la más citada, consultada y utilizada de toda la copiosa bibliografía toledana. Un libro clásico, casi desde los mismos momentos (1971) en que se publicó por primera vez.

La erudición local es sustantiva en cuanto que es celular; esa vida primaria -en el caso de Toledo, notoriamente trascendente y crucial- se convierte en orgánica por natural integración. La erudición de Porres es local, pero no es meramente localista. No ha entendido la historia de Toledo de forma estrecha y cantonal, como repique de campana en un yermo, sino como porción imprescindible de la historia de España, a la que explica y por la que se explica. No ha sido sólo un cultivador magnífico de la historia de la ciudad de Toledo, sino un cultísimo castellanista y un notable conocedor de la historia de España. La mentalidad histórica de Julio Porres trasciende los límites locales y adquiere su sazón y su grandeza en la historia común española. Una ciudad pequeña con un destino histórico muy grande; eso es Toledo para Porres.

Cada uno de los muchos que le hemos tratado y querido podrá contar de Julio anécdotas, episodios y curiosidades. Esa prosa menor de las biografías es siempre interesante, porque completa y ayuda a definir al personaje. Yo aporto aquí un hilo leve de la trama: hacia 1980 vi por primera vez el gran cuadro de Ricardo Arredondo *El Cristo de los pescadores*, que por razones que no son del caso -pero que eran estrictamente estéticas- se convirtió para mí en una especie de emblema, llave maestra de un manantial de gozo. El cuadro es propiedad de Julio Porres y yo he ido muchas veces a su casa como si fuera un peregrino, para ver ese cuadro magnífico. Y otros del mismo autor, más pequeños, más íntimos, que Julio me enseñaba con complacida naturalidad.

Sería seguramente en una de esas visitas cuando conocí a Pilar. No puedo entender, desde mi actual perspectiva, la figura intelectual -mucho

menos la humana- de Julio Porres sin asociar a ella la de Pilar. Mujer magnífica, inteligente, firme, cariñosa. Mujer de cada día y de todos los días. Otro lujo de Julio, su mujer. Yo acabo mi homenaje al maestro Porres con la nostalgia de lo que ya es historia -también mitología- y con el júbilo de su presencia viva al lado de Pilar de Mateo, que tanta parte tiene (¡buena parte!) en este merecido homenaje.



Con Julio Porres en su cigarral, ante un cuadro de Arredondo (Agosto 1999).

Historia de afectos y otras derivaciones

Jesús Fuentes Lázaro

De Julio Porres podría escribir sobre su obra histórica y su significado en Toledo y para Toledo pero, como seguramente otros lo harán y mejor que yo, he optado por intentar un texto sobre los afectos. Los que genera Julio Porres en las personas que le conocen y los que en mí surgieron desde el momento en el que empecé a relacionarme con él. Es decir, lo fácil tratándose de un hombre humano, amable y humilde.

Me acerqué a Julio Porres cuando él tenía la misma ilusión que ahora, idéntica vitalidad e igual sentido del humor. Hace de esto nada, casi treinta años. Pero ¿qué es el tiempo en el universo de los afectos y los sentimientos? Entonces yo era un estudiante de la especialidad de Historia y Geografía de la Universidad Complutense, que pretendía hacer la Tesis de Licenciatura sobre un tema toledano como si fuera la obra cumbre de esta vida y de otras varias que pudiera vivir. El trabajaba como funcionario en la Delegación de Hacienda para ganarse la vida, pues la Historia para Julio Porres nunca ha dejado de ser una pasión y, como es de sobra sabido, las pasiones, que son útiles para otras muchas cosas menos para comer, imponen ocupaciones escasamente románticas y algo más pragmáticas. Hacía lo que han hecho secularmente quienes han tenido curiosidad por conocer los acontecimientos que contribuyeron a conformar Toledo y no pudieron trabajar en una Universidad que no existía.

Me recibió y me trató como si ciertamente fuera a escribir una obra importante en la historiografía, no ya toledana sino universal. Escuchó pacientemente mis divagaciones, mis desorientaciones, mis despistes y también, con toda seguridad, ahora lo sé, mi ignorancia y por supuesto mi osadía. ¡Estaba tan familiarizado con los sueños, que ya ni los ajenos le sorprendían! Tal vez por eso me orientó con el máximo cariño y algo de incredulidad, pero me estimuló para que eligiera el tema que más me entusiasmara.

¡Y, además, me regaló su amistad!

De aquella entrevista, de la que probablemente no se acordará, nacieron los afectos pasados y los cariños presentes. Después, al margen de otras coincidencias, lo visité varias veces en su casa de Toledo y en la Pozuela.

Charlábamos, cómo no, de Historia, de Toledo, de lo que no nos gustaba de la ciudad, de lo que le faltaba y de lo que podría ser y no era. En fin, de todo lo que pueden hablar dos toledanos que nunca están conformes con lo que tienen, porque añoran lo que tuvo en otros tiempos y que es la materia de sus investigaciones y preocupaciones. De lo que hablan los toledanos, que siempre aspiran a vivir en la mejor ciudad del mundo, sin ser conscientes de que tal vez ya vivan en ella. De la necesidad de que la ciudad fuera como se adivina entre los legajos y uno imagina cuando empieza a armar la obra de investigación. Hablábamos de una ciudad que fuera tratada con mimo y con cariño infinito. No siempre estábamos de acuerdo, aunque las coincidencias y las divergencias de criterios y de opiniones sirvieron para incrementar el respeto y profundizar los afectos. Lo cual no es nada difícil cuando uno de los interlocutores es Julio Porres.

A partir de aquí todo son derivaciones exclusivamente particulares, pero que pueden ser ampliamente compartidas: su gran humanidad, su humor como una forma sabia de entender la vida, su visión entre escéptica e ingenua del mundo y de la realidad cotidiana, su lealtad personal —nunca aceptó de buen grado ciertos avatares políticos míos que lo afectaron profundamente, aunque nunca lo haya confesado—, su disposición a descubrir de Toledo cualquier visión insólita. En resumen, lo que hace de Julio Porres un hombre entrañable, un amigo permanente, la figura de un paisaje —el de nuestros afectos— sin el cual nuestra vida hubiera sido distinta. A este respecto hay quien sostiene— ni entro ni salgo en este momento en esa cuestión — que en eso precisamente consiste la eternidad: en formar parte de la vida de otros como algo insustituible y determinante. Así que, por lo que a mí respecta, Julio Porres vivirá eternamente.

Ahora alguien ha planteado hacer un homenaje en vida a su persona y un reconocimiento a su labor. Me sumo a tal homenaje. Con un agradecimiento, probablemente insuficiente. Con un texto dedicado a un hombre por el que sentir afectos es más una recompensa que un esfuerzo, más un placer que una fórmula estereotipada. De él aprendimos casi todo: a ser humildes y nada ambiciosos; a preocuparnos por la historia local como algo necesario e imprescindible para la historiografía general; a sentir Toledo como si siempre fuera un descubrimiento nuevo e insólito, objeto de admiración constante. Por él también supimos que la labor oscura y silenciosa del investigador de la historia debe ser sencilla y sin pretensiones, porque en esta disciplina nunca se produce la obra definitiva. El nos enseñó, además, que lo más interesante de la vida es ser capaz de inspirar afectos, generar cariño, motivar respeto.

Este escrito es una forma de gratitud (nunca las palabras serán capaces de traducir la intensidad del color, el olor, la sensación, y el sabor de los

afectos) a un hombre que nos permitió conocer el alcance de la bondad en abstracto y en concreto; a alguien de quien se pueden destacar múltiples facetas, pero de quien solamente conviene decir que fue padre para sus hijos, amigo para sus amigos, imprescindible para Toledo, aunque de sobra se que esta última afirmación la parecerá una hipérbole y por eso él no se lo creerá. Así es de sabio.

Vecina amistad

Andrés Marín Jiménez-Rodruejo

Como toledano no puedo prescindir de algunas tentaciones humanistas o determinada sensibilidad hacia las manifestaciones de la cultura, pero soy tan sólo un hombre de empresa jubilado que, aunque con alguna diferencia de edad, compartí con el insigne Julio Porres los estudios de Derecho y pertencí a la promoción que cerró el viejo caserón de San Bernardo en un Madrid que ya atisbaba cambios de modernidad. Tuve la suerte de conocer toda mi vida a Julio pues mi padre y el suyo, allá por los años 30 tuvieron una relación comercial que derivara en amistad, como cumplía que ocurriera en la época (y es posible que en raros casos ahora) a los tratos entre caballeros.

Luego, por fortuna para mí, he tenido ocasión de mantener una relación mucho mas cercana con Julio y con su encantadora esposa, que no hay ejército sin retaguardia ni hombre que brille sin reflejar la luz de «la parienta». Una amistad muy «a la toledana», con contactos ciertamente infrecuentes, pero en los que siempre existió un leal afecto mutuo que no se puede disimular y que tanto alegra y enriquece la aventura de vivir.

Ahora, cuando por fin la Academia le rinde un merecidísimo homenaje, quiero y pido que en algún rincón de lo que se publique en recuerdo de la ocasión, queden unas breves líneas que copio de las notas finales de un breve trabajo que hice en 2001 tras una expedición a la cripta del Greco en compañía de otro ilustre toledano, Rafael Sancho de San Román, en 1984 y que precisamente la Real Academia me hizo el honor de publicarme en una separata hace no mucho. Decía así y en ello me ratifico:

«La personalidad de Julio Porres cuyas deferencias y amistad es uno de los regalos que he disfrutado en ésta vida, la considero especialmente peculiar. Es un historiador de enorme profundidad cuya capacidad de trabajo y horas de dedicación resulta casi incomprensible. Cada tema que en sus numerosos trabajos ha abordado, queda definitivamente esclarecido y agotado. Es justamente la antítesis de los que despachan los asuntos bebiendo en otras fuentes y sin comprobar los precedentes documentos y tiene además dos notas personales que lo distinguen: Resulta especialmente ameno (lo que posibilita que cualquiera no iniciado disfrute con la lectura de cuando surge

de su pluma) y se mantiene enormemente apegado a su ciudad y a las gentes que la pueblan haciendo gala de una sencillez que en ocasiones enfada a los que le apreciamos, y su anecdótico y conocimientos de los toledanos actuales y pasados convierten cualquier charla con él en una auténtica gozada».

Gonzalo de Berceo resumiría a Julio Porres mucho mejor que yo:

*¡Que enemigo de enemigos!
¡Que maestro de esforzados
y valientes!
¡Que seso para discretos!
¡Que gracia para donosos!
¡Que razón!*

Afable sabiduría

Juan Ignacio de Mesa Ruiz

Tengo conciencia de que la primera vez que hablé con Julio Porres fue a la salida de su casa en la C/ Ciudad, un día que iba con uno de los hermanos Arija (vecinos suyos). El comentario que me dijeron fue «ese señor es un sabio».

Estando estudiando en Madrid, me tocó hacer de cicerone en alguna de las excursiones que, con mis compañeros de facultad hicimos a Toledo, lo me sirvió para poder utilizar el libro de *Las calles de Toledo* y presumir de mis amplios conocimientos sobre la ciudad.

Una vez terminada la carrera e incorporado al mundo laboral, mi sorpresa fue cuando comprobé que ese hombre sabio, autor de libros sobre Toledo, era un funcionario que te atendía con exquisita educación en su despacho de la Delegación de Hacienda. Las conversaciones con él eran una delicia, su nivel de conocimiento te producía una extraña sensación, por un lado grata al poder empaparte de lo que te enseñaba, por otro lado ingrata al tener que reconocer lo escaso de una sola vida para poder aprender todo lo que ya Julio sabía.

Con el tiempo, te afirmabas en la seguridad de que en Julio tenías una persona a la que recurrir cuando precisaras un dato, o donde obtenerlo. Jamás fue avaro en la información. Siempre dispuesto a hacer partícipes a los demás de lo que él supiera. Su generosidad en compartir conocimientos contrastaba con la actitud de algunos personajes cicateros, contemporáneos suyos en áreas de responsabilidad y conocimiento. Esto hacía que la figura de Julio resaltara aún más.

El paso de Julio Porres por todas las instituciones de las que ha formado parte ha supuesto un honor para ellas. Ahora nos toca a los que le conocemos, decir bien alto y claro lo mucho que él ha hecho para el mejor conocimiento de nuestra ciudad. Y encima siendo una gran persona. Muchas gracias, Julio, por lo que nos has enseñado.

Carta de adhesión al homenaje al Ilmo. Sr. D. Julio Porres Martín-Cleto

José Carlos Gómez-Menor Fuentes
Numerario

Querido amigo Julio:

Tengo sumo gusto en escribir unas líneas de adhesión al Homenaje de esta Real Academia por tu época de director, con el ofrecimiento de un número de *Toletvm*, homenaje tanto más merecido cuanto desempeñaste este cargo con un derroche de esfuerzo, entrega y dedicación.

He llegado a una edad avanzada que me condiciona para presentar un trabajo de investigación que poder ofrecer para este volumen. Por ello he de sustituirlo por estas líneas de sincero homenaje y recuerdo.

La memoria todavía no me falta, y ahora rememoro aquellos años sesenta de la vida cultural de nuestro Toledo, cuando empezaste a publicar tus grandes investigaciones y valiosos libros.

La memoria mira hacia atrás y ahora rememoro las circunstancias de nuestro primer encuentro (que tal vez ya has olvidado) junto con tu familia, allá en el verano de 1942, siendo yo un niño de trece años, en el ambiente sano y precioso de los pinares de La parra, cerca de Arenas de San Pedro (Ávila). Estaba pasando una breve temporada de veraneo con mi abuela materna, María Luisa Alemán, que huía del calor de su casa (un tercer piso en la Plaza de Valdecaleros). Para mi fue como ha verdadera aventura acompañarla a La Parra. Y cuando se enteró de vuestra estancia allí, fuimos una tarde a visitaros. Así conocí a tu madre y hermana, y aquel espléndido lugar de vuestro chalet entre pinos.

Pero tuvieron que pasar más de veinte años para que yo volviera a Toledo, ya sacerdote, destinado hacia 1946 a la Catedral Primada.

Luego, ya capellán del Ayuntamiento y de su Cementerio, tuve tiempo para dedicar algunas horas semanales al Archivo Histórico Provincial. Aquella actividad investigadora me permitió escribir y publicar algunos trabajos, cuando tú ya trabajabas en el magnífico libro sobre *La desamortización del siglo XIX en Toledo*, y muy pronto iniciaste tu acopio de datos para la magna obra *Historia de las calles de Toledo*. ¡Tiempos aquellos...!

Vinieron los años de plenitud de la Real Academia, hasta tu época de Censor —dieciséis años— sumamente meritorios, que vinieron a desembocar en los más de diez años de Director, etapa de constante entrega y ejemplo de bien hacer.

Amigo Julio: gracias por todas tus atenciones en este tiempo, y mi recuerdo a aquella colaboración leal como Secretaria de nuestra Academia que desempeñó aquel tiempo nuestra recordada Esperanza Pedraza. Gracias por tu amistad y por la afectuosa atención de una mujer extraordinaria: tu esposa.

Julio, un abrazo de gratitud de tu amigo,

Un gran historiador

José Manuel Molina García

Julio Porres Martín-Cleto es un historiador que de no haber nacido en Toledo en el año 1922, habría que haberlo inventado. Su labor investigadora es inmensa. Sus artículos, ensayos, libros y conferencias son referencia obligada para toda persona que quiera conocer los entresijos de la historia toledana. No ha habido periodo sobre el que no haya aplicado su potente lupa escrutadora. Trabajador incansable, meticoloso y dotado de una gran curiosidad, ha entregado a la imprenta algunos de los libros imprescindibles en cualquier biblioteca que tenga a la ciudad de Toledo como hilo conductor. *Toledo a través de sus planos*, *Historia de las calles de Toledo*, *La Desamortización del siglo XIX en Toledo* o *Historia de Tulaytula* son algunos de esos títulos que han gozado de gran atención ciudadana. La ciudad de Toledo debe mucho a su gran trabajo y la publicación de este volumen es un forma de saldar parte de esa inmensa deuda.

Pero si el investigador e historiador Julio Porres Martín-Cleto, quien durante diez años fue director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, es merecedor de este homenaje, el ciudadano Julio Porres Martín-Cleto también. Tengo la suerte de mantener con él una entrañable y antigua relación de amistad. Sé de su gran pasión por Toledo y lo toledano. De su inquietud por cuanto ocurre en nuestra ciudad y, muy especialmente, por lo relacionado con la conservación de nuestros legados patrimoniales. Ese elevado sentido del toledanismo le ha llevado a cultivar un extensa nómina de amigos fieles y admiradores, a quienes siempre nos ha sabido honrar con su amistad, sus consejos, sus cariñosos saludos, sus atinados criterios o con sus amenas narraciones de los sucedidos de nuestra historia.

Dice el certero refranero español que de bien nacidos es ser agradecidos. La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo cumple sobradamente este aserto y rinde este homenaje a uno de sus miembros más destacados, activos y veteranos. Felicito a la entidad por esta iniciativa de reconocer a su ex director Julio Porres Martín-Cleto, como ya lo hizo con don Rafael Sancho de San Román y lo hará también con don Félix del Valle Díaz. ¡Enhorabuena!